

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

D. Eusebio Planas.

Cuaderno 25 de ocho entregas.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1873.

L47
2241

CENTRO EDITORIAL DE BILBAO, D. ESTEBAN Y CA. S. A.

EL MANUSCRITO

UNA MADRE.

DE LA LINGÜÍSTICA

DE LA LINGÜÍSTICA

ENRIQUE PÉREZ ESCOBAR

ILUSTRADA CON LAMINAS GRAFICAS ALFABETICAS Y CIBULARES

DE

D. Enrique Pérez Escobar

Gobierno 25 de ocho entregas.

MADRID

JOSE ESTEBAN Y CA. S. A. EDITORES

Calle de las Huertas, número 11

1927

—Es que el viaje no está aun resuelto, y si pudiéramos, antes de partir, tener una entrevista con el doctor Samuel, podria sernos de mucha utilidad.

—Pero eso es imposible.

—¡Imposible!—añadió sonriéndose Lorenzo,—esa es una palabra que yo haria desaparecer de los diccionarios; además, el doctor Samuel tiene poderosos motivos para odiar al general Lostan.

—Pero las súplicas de Clotilde y de Daniel,—añadió el conde,—estinguirán ese odio en el generoso corazón del anciano.

El conde llevóse las manos á la frente, y apretándose las sienas, como si temiera que se le escapase el pensamiento, añadió:

—¡Ah! ¡cuando pienso que he estado á punto de realizar mi venganza tal y como yo la habia soñado y acariciado en mi mente, cuando recuerdo que la fatalidad ha venido á arrebátarmela, siento en mi pecho una verdadera desesperacion! ¡Para un hombre como el general Lostan, la muerte no supone nada, comparada con la deshonra, con la humillacion, con la vergüenza!

—¡Calma, señor conde, calma!—repuso Lorenzo;—si ellos vuelven á España, nosotros les seguiremos y, ¡qué diantre! á fuerza de pensar, me parece que ha de ocurrirnos algo que deje satisfechas por completo nuestras aspiraciones. Cuando se tiene un poco de voluntad, otro poco de ingenio y una fortuna de que echar mano, la imaginacion no es del todo estéril. Si hoy hemos errado el golpe, mañana lo daremos con tal firmeza, con tal

seguridad, que nuestro enemigo caerá aturdido á nuestros piés.

—Pero, ¿olvida usted que tengo sesenta años y que hace veinte que acaricio en mi corazón la idea de la venganza?

—Pero como el señor conde no quiere vengarse como se vengan la generalidad de los hombres... porque si quisiera, nada tan fácil.

Y los ojos de Lorenzo brillaron de un modo siniestro, mientras que sus labios se sonreían sarcásticamente.

—Sí, sí, lo conozco, es preciso esperar, es preciso tener paciencia,—murmuró el conde en voz baja;—pero necesitamos una persona que nos vaya enterando día por día, hora por hora, de todo lo que suceda en la casa de Diodati, y en cuanto á Daniel...

—En cuanto á Daniel, señor conde, me atrevería á dar á usted un consejo. Si á ese jóven se le ocurre venir á esta casa á pedir esplicaciones acerca de la conducta que usted ha seguido con él, seria muy conveniente evitar esas esplicaciones. La irritacion, el enojo que en estos momentos sentiria el corazón de Daniel podrian complicar nuestra situacion. Dejemos, pues, que trascurren algunos dias, que la reflexion y la calma vuelvan á apoderarse del espíritu de ese jóven. En fin, señor conde, es preciso á todo trance evitar una entrevista.

—¡Eso es imposible! Daniel abandonó ayer esta casa; ha regresado á ella en busca de su padre, en un momento en que yo me hallaba ausente de ella, y no le queda á usted duda de que volverá á buscarme. La lectura

del manuscrito, la enfermedad del general, las súplicas de Clotilde podrán detenerle algunas horas mas; pero tengo la seguridad de que vendrá á pedirme esplicaciones, y yo se las daré con ánimo sereno.

El conde pronunció estas palabras con tanta energía, que Lorenzo creyó muy conveniente no insistir mas sobre este punto.

Luego se dejó caer en una butaca, diciendo:

—Necesito descansar algunas horas, no he dormido la noche anterior; tenga usted la bondad de dejarme solo.

Lorenzo salió sin desplegar los labios.

—Á la tempestad sigue la calma,—se dijo hablando consigo mismo;—dejemos que pase la tempestad, que ya llegará la hora de la reflexion. De todos modos, mis asuntos marchan viento en popa. Velemos por los intereses y la vida del conde, como si se tratase de los míos propios.

Y Lorenzo, cruzando los brazos sobre el pecho, apoyó la espalda en el marco de la puerta que daba paso á la habitacion del conde de la Fé.

CAPÍTULO VII.

Dos españoles mas en el lago Lemán.—

Mientras tanto, ¿qué es lo que habia sucedido en la casa de Diodati? Vamos á verlo; pero para esto el lector nos permitirá que retrocedamos algo.

Pocos minutos despues de que Daniel, Clotilde y Santiago salieran en busca del general Lostan, una pequeña embarcacion atracó en el desembarcadero construido junto á la casa de Diodati.

Dos hombres saltaron sobre la poética ribera. Uno de ellos frisaria en los sesenta y cuatro años de edad; el otro era un jóven que se hallaba en la primavera de la vida. Bastará citemos sus nombres para que nuestros lectores los reconozcan: el anciano era el doctor Samuel; el jóven Julio de Monforte.

—¿Está usted seguro,—dijo el doctor Samuel dirigiendo la palabra al barquero,—que es la casa de Diodati esa que se distingue á cuatrocientos pasos de aquí?

—La misma, caballero. Todos los pescadores del

lago la conocemos, porque con frecuencia los extranjeros alquilan nuestras barcas para visitarla.

—Está bien.

—¿Espero aquí?

—Sí, señor: en el caso de que no piense regresar á Ginebra, mandaré á usted un recado.

Samuel y Julio se dirigieron hácia la casa de Dioldati; pero al hallarse á algunos pasos de las orillas del lago, volvieron á detenerse.

—¡Oh, si llegáramos tarde para salvarlos!...—dijo Samuel.

—Sería una verdadera desgracia,—contestó Julio exhalando un suspiro. ¿Qué piensa usted hacer?

—Aprovechar el tiempo del mejor modo posible. Sabemos positivamente que Clotilde vive en esa casa: como nuestro viaje no tiene otro objeto que evitar una gran desgracia, antes de perder el tiempo buscando la morada del conde de la Fé, avisaremos á Clotilde el gran peligro que corre. Además, ella podrá quizás indicarnos el paradero de Daniel.

—Sin embargo, querido doctor, la esperiencia debe haber enseñado á usted que no es prudente fiarse mucho del general Lostan.

—Sí, ya sé que ese hombre es un enemigo mio irconciliable; pero es preciso aceptar los acontecimientos tal y como se presentan. Si tenemos la fortuna de ver á Clotilde, si podemos decirle: «Daniel es tu hermano,» esta sola revelacion bastará para evitar una gran desgracia. Hemos hecho el viaje, como usted no ignora,

con gran rapidez, sin detenernos en ninguna parte. Sabemos que el conde de la Fé tiene alquilada una casa en las orillas del lago, y es de suponer que esté situada no muy lejos de este sitio; pero las horas para nosotros son de un gran precio, y puesto que en esa casa, de positivo se halla Clotilde, no divaguemos buscando lo dudoso por lo cierto.

—Como usted disponga.

—Vamos, pues.

La puerta de hierro que daba paso al jardín de la casa de Diodati se hallaba abierta. Samuel y Julio penetraron por ella resueltamente, y algunos minutos después, se encontraban junto á la elegante y sencilla fachada del célebre palacio del pastor protestante.

No dejó de causar estrañeza á Samuel y á Julio el silencio que reinaba en aquella casa.

Habian cruzado el jardín sin encontrar á nadie, y á nadie veian en el portal que daba paso á la escalera.

—¡Es estraño!—dijo Samuel dirigiendo una mirada en derredor suyo;—en esa casa reina un silencio, una soledad sepulcral!

—¡Habremos llegado tarde!—murmuró en voz baja Julio.

—Pronto saldremos de dudas,—dijo Samuel cogiendo el cincelado llamador de bronce y descargando dos vigorosos golpes.

Inmediatamente una mujer entrada en años se asomó en lo alto de la escalera.

—Ya veo un sér viviente,—dijo el doctor.

Y quitándose el sombrero, saludó á la mujer, quien le preguntó en francés qué se le ofrecía.

—Si no me han engañado, vive en este palacio el general Lostan con su hija la señorita Clotilde.

—Sí, señor, aquí viven,—contestó la mujer.

—Ruego á usted, señora,—volvió á decir Samuel en el mismo idioma que empleaba la guardiana de la casa, —tenga la bondad de decirle á la señorita Clotilde que dos amigos suyos, que acaban de llegar de España, desean verla inmediatamente.

La mujer que mantenía este diálogo con Samuel comenzó á bajar la escalera, sonriéndose bondadosamente.

—¡Ah! ¿son ustedes españoles,—añadió,—y amigos del señor general y la señorita Clotilde?

—Sí, señora.

—De seguro sentirán mucho no haber estado en casa,—añadió Mma. Margot, que este era el nombre de la buena mujer que hablaba con el doctor.

Mma. Margot era una parisien que había trasladado su domicilio á una fonda de Ginebra, poniéndose al servicio de las señoritas extranjeras, en calidad de ama de llaves, durante su permanencia en el lago Lemán.

El general Lostan la había tomado á su servicio para que se encargara de la ropa y de acompañar de vez en cuando á Clotilde en sus paseos por la orilla del lago.

La buena Mma. Margot tenía encarnada en su naturaleza la complacencia y la amabilidad; en sus labios, ni aun en sueños, se apagaba la sonrisa.

—Segun eso,—añadió el doctor Samuel,—¿no se halla en casa la señorita Clotilde?

—Ni la señorita ni el general.

—¿Y no sabe usted á qué hora regresarán?

—Lo ignoro, caballero.

—Pero, ¿la señorita Clotilde ha salido con su padre?

—No, señor. El general salió ayer tarde de casa y aun no ha regresado á ella; yo supongo que tendrá algun negocio en la ciudad....

—Pues entonces, ¿con quién se ha marchado la señorita Clotilde?

—Con el señor Santiago, ayuda de cámara, y un jóven á quien no conozco.

Mma. Margot tenia algo de la condicion apreciable de los suizos. Ejecutaba las órdenes con gran exactitud, sin tomarse nunca la molestia de preguntar el por qué. Respondia á las preguntas que le dirigian aquellos extranjeros sin tomarse el trabajo de averiguar la razon.

Samuel dirigió una mirada espresiva á Julio. Aquella mirada queria decirle: «¿Habremos llegado tarde?»

—Es preciso seguir interrogando á esta mujer,—añadió Julio en español.

—Sí, porque me estraña mucho que Clotilde y Daniel hayan salido de casa acompañados de Santiago,—repuso Samuel.

—Pero esta buena mujer no ha dicho que Daniel la acompañaba, sino que era un jóven á quien no conoce.

—Veamos.

Y Samuel volvió á dirigir la palabra, en francés, á Mma. Margot.

—Yo ruego á usted, señora, nos dispense si la molestamos con nuestras preguntas.

—Nada de eso, caballero,—contestó Mma. Margot.

—¿No ha dicho la señorita Clotilde si tardaria mucho en regresar?

—No ha dicho absolutamente nada; pero si los señores quieren esperarles...

—¿Y no sospecha usted,—volvió á añadir Samuel,—á dónde han ido?

—Lo ignoro.

—¿Tal vez á dar un paseo por el lago?

—No, no: salieron en carruaje; el señor Santiago guiaba y la señorita Clotilde y el jóven desconocido parecian tan sumamente preocupados, que ni siquiera me dijeron el tiempo que pasarian fuera de casa. Pero yo supongo que no tardarán mucho, y pueden ustedes, si gustan, entrar en el salon ó pasear por el jardin hasta su regreso.

—Esperaremos en el jardin, con el permiso de usted.

Y Samuel, como si le molestara la presencia de Mma. Margot, cogióse del brazo de Julio, dirigiéndose por una calle de árboles que conducia á la estufa.

CAPÍTULO VIII.

Donde se van reuniendo los personajes.

Al principio el doctor Samuel caminaba en silencio, como el hombre á quien preocupa alguna idea; pero al llegar al extremo de la calle de árboles, se detuvo, fijó una mirada penetrante en Julio de Monforte y dijo:

—¿Qué opina usted de todo lo que nos ha dicho esa buena mujer?

—Querido doctor, es bastante difícil formarse una idea de lo que aquí sucede. En primer lugar, esa buena señora parece que está tan poco enterada como nosotros de lo que ocurre en esta casa. Dice que el general salió ayer al medio día y que aun no ha regresado, y que hace poco salió en carruaje la señorita Clotilde, acompañada de un jóven á quien no conoce.

—¿Y no sospecha usted que en este momento se hallan á los piés de un sacerdote?...—repuso Samuel con acento trémulo.

Julio palideció; le horrorizaba la idea de llegar tar-

de, pero al mismo tiempo discurría que no hubieran llevado de cochero á Santiago, hombre de confianza del general y á quien suponía perfectamente enterado del parentesco que unía á Daniel con Clotilde.

—No es posible, no,—contestó con firmeza.

—¿Y qué razones tiene usted para creerlo imposible?

—Una poderosa.

—¿Cuál?

—Que va con ellos Santiago, el ayuda de cámara del general.

—Efectivamente, es una razon poderosa,—contestó Samuel;—no nos queda otro recurso que esperar, si bien siento con toda el alma el tiempo que perdemos.

—Seria inseguro comenzar á buscarles á la ventura, y puesto que tienen que regresar aquí, esperemos á pié firme y resueltos á todo, con tal de salvar á Daniel y á Clotilde.

—Dice usted bien, resueltos á todo y preparados para todo, pues el general me ha dado pruebas de ser mal enemigo.

—Cuando se conoce al enemigo se lleva una gran ventaja, y nosotros le conocemos.

Samuel y Julio continuaron paseando por el jardin y haciendo comentarios.

Cada cuarto de hora que trascurria aumentaba su impaciencia; pero como se hallaban en uno de los puntos mas pintorescos del mundo, solian distraer la imaginacion con alguna frecuencia.

Por fin, creyendo percibir el precipitado galope de un caballo y el ruido de un carruaje, dirigieron las miradas hácia la puerta de hierro del jardín y vieron venir por el camino inmediato un coche descubierto, envuelto en una nube de polvo.

Sin decirse nada, corrieron los dos en dirección á la puerta.

El carruaje avanzaba rápidamente y no tardaron mucho en distinguir á los que iban en él.

—¡Son ellos!—esclamó con inefable gozo Julio.

—¿Ve usted á Daniel?—preguntó el doctor, que no confiaba mucho en su cansada vista.

—¡Oh, sí, no me cabe duda! veo á Daniel y á Clotilde, que conducen, al parecer, á otra persona desmayada ó enferma.

—¡Dios quiera que hayamos llegado á tiempo para salvarles!—esclamó Samuel.

—Apartémonos para dejarles franca la puerta, pues parece que tienen mucha prisa en llegar.

Dos minutos despues el carruaje entraba en la calle de árboles que desde la verja de hierro conducia á la casa.

Al pasar por delante del doctor y de Julio, el anciano gritó:

—¡Daniel, hijo mio!...

Daniel volvió la cabeza y lanzó un grito de gozo.

Habia reconocido al noble y generoso amigo de su madre, al honrado médico de Horche.

—¡ruoel! ¡Doct; Doctor Sam Samuel!...—le gritó mien-

tras se detenía el carruaje delante de la puerta.—¡Le envía á usted la Providencia, porque mi padre, el general Lostan, se halla gravemente enfermo!

Estas palabras bastaron para que Julio y Samuel exhalaran una exclamacion de gozo, pues ellas les demostraban que Daniel y Clotilde podian mirarse sin sentir la vergüenza en el corazon.

Corrieron hácia el carruaje, y como Samuel se arrojó en los brazos de su ahijado, éste le dijo:

—Tiempo tendremos para hablar y abrazarnos; ahora, querido doctor, lo primero es mi padre.

Y efectivamente, el general, lívido el semblante, los ojos cerrados y hundidos, inanimado como un cadáver, fué bajado del carruaje por Santiago y Daniel.

—Este caballero es médico tambien,—dijo Daniel indicando al doctor que habia prestado los primeros auxilios al general.

Y tendiendo una mano á Julio, añadió:

—No esperaba verte aquí, pero me felicito de ello.

El encuentro no podía ser menos á propósito para cambiar esa multitud de preguntas propias de los buenos amigos que se tropiezan en lejanas tierras.

El estado del general preocupaba á todos: fué preciso trasladarle desde el coche á la cama, porque se hallaba imposibilitado para andar.

Daniel refirió ligeramente al doctor Samuel todo lo que habia sucedido al general, y desde este momento los dos médicos acordaron el plan curativo del enfermo.

Clotilde estaba tan afligida, que apenas cambió un

saludo y algunas palabras con Julio, y dejándose caer en una butaca, se puso á llorar amargamente.

Mientras tanto Daniel habia conducido á Julio junto á una ventana y le decia:

—¿Tú en el lago Lemán, querido Julio? ¿qué ocurre?

Julio refirió en pocas palabras el motivo de su viaje.

—¡Ah! ¡Sois dos buenos amigos!... ¡Yo no lo olvidaré nunca; pero la Providencia ha querido salvarme y salvar á Clotilde, por quien estoy dispuesto á sacrificarlo todo!... Á haber tardado un dia mas en leer el manuscrito de mi madre, entonces ¡qué espantosa desgracia hubiera caido sobre dos seres inocentes! Cuando me represento el gran peligro que me ha hecho correr ese hipócrita conde de la Fé... pero yo sabré castigarle, y solo espero terminar la lectura de las memorias que, con mano trémula, escribió la mártir que me dió el sér. ¡Porque si tú supieras, querido Julio, si tú supieras cuánto sufrió... y cuántos raudales de generosidad encerraba su alma maternal!...

Daniel se llevó la mano á la frente y exhaló un suspiro, añadiendo:

—Hay momentos en que siento una terrible tempestad en el corazon y el vértigo de la venganza se apodera de mi cerebro, porque me parece que un hijo no debe dejar sin castigo á aquellos que torturaron el corazon de su madre sin que les hubiera hecho el menor daño.

—Tu madre, que era buena, que era un ángel, te hubiera aconsejado la clemencia, el perdon.

—Sí, eso me hubiera aconsejado, porque ella no sa-

bia mas que perdonar y sufrir. Pero aun me resta apurar el cáliz de la amargura, aun no he terminado la triste lectura de las páginas que escribió en los últimos días de su existencia y que han caído en mi poder para que arranque la máscara á los culpables.

—Piensa, Daniel, que el hombre mas culpable, el que mas terriblemente desgarró el corazón de tu madre fué el general, y que es tu padre.

—¡Ah! ¿crees tú que ese hombre existiria si no fuera mi padre, si Clotilde no fuera su hija?...

Y Daniel hizo rechinar los dientes de rabia, añadiendo:

—Aunque soy muy jóven, no dejo de conocer el sacrificio que debo imponerme á mi mismo... Es preciso salvar á Clotilde, y la salvaré, aunque tenga que...

Daniel se detuvo.

Un grito que acababa de exhalar el general ahogó la palabra en su garganta.

Clotilde corrió á la alcoba, y Daniel y Julio la siguieron.

CAPÍTULO IX.

El ángel junto al enfermo.

Una de las cosas que mas necesitaba el general, despues de recibir los auxilios de la medicina, era el reposo.

El viaje le habia trastornado bastante, y aunque los médicos no desconfiaban de salvarle, pues la apoplejía no habia sido fulminante, era bastante grave la parálisis de la lengua y el estado moral del enfermo.

Si aquel hombre hubiera podido hablar, disculparse ante sus hijos, pedirles perdon, conversar con ellos, su corazon, lleno de temores y de remordimientos, se hubiera desahogado.

Pero tenia un nudo agobiador en la garganta, y para mayor tormento, oia todo lo que se hablaba en derredor suyo, si bien con alguna confusion, por el escesivo dolor de cabeza que sentia.

Los ojos del enfermo tenian una lucidez, una elocuencia, por decirlo así, pasmosa. Se adivinaban en sus

miradas las frases que no podía articular la lengua. Samuel, comprendiendo el estado nervioso en que se encontraba el general, hizo una seña para que todos salieran de la alcoba, y como Clotilde permaneciera inmóvil junto á la cama, le dijo en voz baja:

—Necesito hablar con usted.

Clotilde salió, siguiendo al doctor Samuel.

—Señorita,—le dijo en voz baja,—el enfermo, mas que de los médicos, necesita de una voz cariñosa que tranquilice su espíritu fatigado, y nadie como usted puede trasmitirle algun consuelo.

—¡Ah, doctor! amo á mi padre con toda mi alma, y bien sabe Dios que daría mi vida por salvarle,—contestó Clotilde.

—No se necesita tanto.

—¿Qué debo hacer?

—Entrar sola en la alcoba, besarle cariñosamente y decirle: «Padre mio, tranquilízate; te hallas rodeado de buenos amigos, que están dispuestos á salvar tu vida y tu honra, que en tanta estima tienes. No te sobresalte la idea de que tu secreto haya dejado de serlo para mí y para Daniel, porque te amamos como á tus hijos que somos, y tu reputacion y buen nombre lo miramos como nuestros.»

—¡Ah! sí, sí, comprendo lo que usted se propone y espero salir airosa de la comision. ¡Qué no haré yo por salvar á mi padre!...

—Logre usted tranquilizar su espíritu y tendremos mucho adelantado para conseguir la curacion del enfermo.

Clotilde entró en la alcoba.
—Dejémosla sola con su padre,—dijo Samuel á Julio y á Daniel, que se hallaban á un extremo de la sala.— Ella es el médico que mas necesita ahora el general.

Y salieron los tres de la habitacion.

En cuanto al médico ginebrino, como que tenia que hacer la visita á sus enfermos, tan pronto como terminó el desvanecimiento del general, habia pedido permiso para marcharse.

Clotilde entró en la alcoba, pero antes se enjugó los ojos y procuró adornar los labios con una sonrisa.

El general fijó en ella una mirada, pero una de esas miradas que con tanta frecuencia brillan en los ojos de los iluminados.

Clotilde, que habia procurado serenar su semblante, se acercó hasta el lecho con grande apariencia de tranquilidad, y poniendo cariñosamente una mano sobre la frente de su padre, le dijo:

—Me has dado un susto muy grande, pero afortunadamente el susto ha pasado, porque tu vida no corre ya ningun peligro, y la tranquilidad vuelve á renacer en mi corazon.

El general cogió una mano de su hija y la besó repetidas veces, exhalando sollozos y derramando lágrimas.

—No quiero que llores, no quiero que te aflijas,—añadió Clotilde.—Para completar tu restablecimiento no se necesita otra cosa que algunos dias de calma, de tranquilidad, y tus hijos, que te quieren con todo su

corazon, se enojarian mucho contigo si no pusieras algo de tu parte para completar tu curacion.

Y como el general continuara besando aquella mano que tenia entre las suyas, Clotilde volvió á decir:

—Conozco que te hace sufrir mucho la parálisis de la lengua, pero los médicos aseguran que ese padecimiento desaparecerá muy en breve; es preciso, pues, que te revistas de paciencia, que no fatigues ni tu imaginacion ni tu espíritu, y de este modo adelantaremos mucho camino en tu restablecimiento.

El general indicó por señas cuán sensible le era no poder hablar.

—Tiempo tendremos para eso,—dijo Clotilde;—ahora lo mas importante es tu salud.

El general indicó que le proporcionara un lápiz y un papel, pues de ese modo podria espresarle una de las muchas ideas que fatigaban su mente.

—Aunque los médicos han encargado mucha tranquilidad y que por nada fatigues la imaginacion, voy á proporcionarte lo que me pides.

Clotilde cogió de una mesa un lápiz, un libro y unas cuartillas de papel y se lo entregó todo á su padre.

El general escribió con mano trémula la siguiente pregunta:

—¿Qué dice Daniel?

Y luego hizo una seña á Clotilde para que leyera.

—Daniel solo siente un deseo: verte restablecido; solo una pena le aflige: verte en este lecho. Su corazon es tan generoso, que no le he oido pronunciar ni una pa-

labra que pueda ofenderte. Cuando recobres el uso de la palabra, cuando te halles completamente restablecido, no dudes, padre mio, que encontrarás en Daniel el hijo sumiso, dispuesto á sacrificarse por su padre.

El general volvió á escribir estas palabras:—

—Tú eres muy buena y quieres tranquilizarme dirigiéndome palabras consoladoras; pero yo tengo enemigos poderosos que se servirán de Daniel para cubrir de vergüenza y de oprobio mi nombre.

—Los enemigos tuyos, padre mio, lo son tambien de Daniel. Nada temas, porque él está dispuesto á sacrificarse por nosotros; y dudar de la bondad de su alma, seria hacerle una ofensa que no merece.

El general cerró los ojos dulcemente, exhaló un suspiro é hizo un movimiento imperceptible con la cabeza.

—Vuelvo á repetírtelo, padre mio: tranquiliza tu espíritu, recobra la calma,—añadió Clotilde.—Tus hijos no han de tener para tí palabras de reconvencion, sino de cariño, de amor. Si esos enemigos que te preocupan intentan arrojar alguna mancha sobre tu nombre, yo espero que no han de faltarnos elementos para combatirlos; porque abrigo la mas profunda conviccion de que Daniel se pondrá á tu lado para defenderte.

—Daniel no me amará nunca,—volvió á escribir el general.

—¡Ah! si tú le conocieras, no le juzgarías de ese modo; porque Daniel, padre mio, solo abriga en su alma inclinaciones generosas y nobles.

—Hija mia,—escribió el general,—aunque Daniel se

resigne á guardar el secreto de su nacimiento, aunque él sienta en tan alto grado la noble abnegacion, que se sacrifique por salvarme, ¿seguirán su misma conducta el conde de la Fé y el doctor Samuel? Tú eres muy joven y no comprendes aun hasta dónde llega la perversidad del corazon humano. Yo lo he arriesgado todo, hasta la paz de mi espíritu y la tranquilidad de mi conciencia, por tí, querida Clotilde, por tí, á quien amo con toda mi alma; pero la fatalidad ha destruido todos mis planes. ¡Cúmplase, pues, la voluntad de Dios! ¡Caiga sobre mí, que soy el único culpable, todo el peso del desprecio público! Pero yo no sobreviviré á la vergüenza y al oprobio.

El general entregó á su hija la hoja de papel en donde habia escrito las anteriores palabras, que Clotilde leyó sin poder contener las abundantes lágrimas que brotaban de sus ojos, y juntando las manos en actitud suplicante, elevó en voz baja una oracion para que Dios se apiadara del pobre y abatido enfermo.

Poco despues el mas profundo silencio reinaba en la alcoba.

El general, inmóvil y con los ojos cerrados, parecia dormir tranquilamente.

Clotilde rezaba.

Así trascurrió mas de una hora.

De repente Clotilde observó proyectarse una sombra en la cortina de la alcoba, levantó la cabeza y vió, á pocos pasos de ella, á Daniel, que, con los brazos cruzados sobre el pecho, la contemplaba tristemente.

Clotilde fué á dirigirle la palabra, pero Daniel le hizo una seña para que callara y saliera de la alcoba.

Clotilde obedeció.

En la habitacion inmediata se hallaba Santiago, triste y sombrío como siempre.

—El general duerme tranquilamente,—dijo Clotilde dirigiendo la palabra al ayuda de cámara;—pero con- vendrá que te coloques cerca de su lecho por si despierta y se le ocurre algo.

Santiago se dirigió á la alcoba.

Clotilde y Daniel fueron á sentarse en un sofá que se hallaba en la habitacion inmediata á la del enfermo.

CAPÍTULO X.

Las almas generosas.

—¡Ah, querido Daniel!—esclamó Clotilde apenas se encontró sola con su hermano;—los médicos creen de suma necesidad, para que se restablezca nuestro padre, la calma del espíritu; pero eso es imposible, porque mil temores le sobresaltan de continuo. Teme que el doctor Samuel, que el conde de la Fé, que todos, en fin, los que conocen la historia de tu desgraciada madre, le arrojen al rostro su grave falta.

—¡Desgraciado del que á tanto se atreva!...—contestó Daniel:—el general es tu padre, su suerte está unida á la tuya; yo sabré ser vuestro defensor.

Clotilde abrazó á su hermano.

—¡Eres generoso, Daniel!... tan generoso como no habrá otro en el mundo... Así mismo se lo he dicho no há mucho á nuestro padre, y mis palabras le han tranquilizado y un sueño reparador cerró sus párpados; pero no estriba en tí solo el silencio, otros saben lo que sería una deshonra para el general que se publicara.

—Tranquilízate, esos hombres guardarán silencio.

—Dios te oiga.

—Me oirá.

—Pero, ¿cómo no están aquí el doctor y Julio?

—He mandado se les disponga dos habitaciones, pues llevaban cinco días de viaje sin descansar. Serán nuestros huéspedes hasta que el general se restablezca. Perdona si he dispuesto de una casa que no es la mía.

—Desde el momento que el manuscrito de tu madre nos reveló que éramos hermanos, todo cuanto tengo te pertenece.

—Gracias, Clotilde; pero, ¿tú olvidas que no basta tu generosidad ni la del general?—añadió Daniel.—¿Olvidas que tu madre, la marquesa del Radio, me aborrece y que su orgullo la prohibirá que haya nada de común entre nosotros?

—Mi madre es orgullosa, muy orgullosa, tienes razón, Daniel; pero no tendrá otro remedio que doblar la frente ante las imperiosas circunstancias que nos rodean.

Y Clotilde se cubrió el rostro con las manos.

Aturdida por los acontecimientos ocurridos en tan poco tiempo, había olvidado á la marquesa del Radio.

Daniel tenía razón. Doña Beatriz era orgullosa; naturaleza altiva y enérgica, miraba al hijo de Ángela como el usurpador de los derechos de su hija. Nada, pues, debía esperar de ella.

Entre los dos jóvenes reinó un momento de silencio. Habían evocado un recuerdo que les hacía presentir muchos disgustos en el porvenir.

Pero Daniel estaba resuelto á sacrificarse por su hermana, y al contemplar la profunda tristeza de su bello

semblante, cogió cariñosamente una de sus manos y dijo:

—No aumentemos con tristes augurios nuestro presente. Lo importante, querida hermana mia, es que se restablezca el general, y luego yo sé lo que me toca para ser acreedor á tu aprecio y á su estimacion. Dices que te sobresalta el temor de que el conde de la Fé ó el doctor Samuel cometan una imprudencia. Yo respondo de que el doctor hará solo lo que yo quiera. En cuanto al conde de la Fé, tengo que arreglar con él una cuenta algo mas larga y espero que acabará por ser amigo mio, accediendo á mis deseos. No inquietes, por consiguiente, tu espíritu, no turbes la paz de tu alma y confía en tu hermano.

Las palabras de Daniel iban poco á poco llevando el consuelo al corazon de Clotilde.

—Triste es, en verdad,—añadió Daniel,—que en estos momentos en que tanto necesitamos aclarar nuestra situacion, la repentina é inesperada enfermedad del general le tenga postrado en un lecho, y lo que es aun peor, se halle imposibilitado de poder formular con la palabra su pensamiento. Juzgo, hermana mia, que mi presencia junto á su lecho le aflige mas y mas, haciéndole sufrir horribilmente, pues no puede dirigirme la palabra; porque, ¿quién duda que para disculpar su conducta tiene muchas cosas que decirme? Es preciso, pues, esperar y sufrir en silencio hasta que suene la hora, para mí tan apetecida, de que se abran sus labios y me dirijan alguna palabra de consuelo que pueda calmar la tempestad de mi pecho.

Clotilde escuchaba en silencio las palabras de su her-

mano. Como él, comprendia la situacion especial en que se hallaban, y, como él, no tenia otro remedio que esperar.

Le espantaba la idea de que el mutismo de su padre se prolongara mucho.

—Además,—añadió Daniel,—no hemos concluido aun la lectura del manuscrito de mi madre. Grandes revelaciones espero encontrar en él, porque suspendimos su narracion precisamente en el instante en que comenzaba el martirio de aquella santa mujer. Esta noche, cuando todo el mundo se entregue al reposo, nosotros dos nos quedaremos á velar á nuestro padre, y entonces terminaremos la lectura de esas páginas que tan dolorosos ecos han levantado en mi corazon.

—Yo no tengo desde hoy mas voluntad que la tuya. De tí depende la honra de aquel de quien recibí el sér,—repuso Clotilde.—Ignoro á dónde nos conducirán las circunstancias, pero estoy segura que tu conducta será hija de la rectitud, de la generosidad, de la tolerancia, y ahora, hermano mio, yo te ruego que entres conmigo á ver á nuestro padre.

—Mi presencia tal vez le haga daño.

—¡Oh! no lo creas; le hará mucho bien.

—¿Olvidas, Clotilde, que yo soy para el general un remordimiento vivo que le recuerda la historia de un tiempo que él daría la mitad de su vida por borrar de su memoria?

—Él te ama, Daniel, te ama y sufre horriblemente por no poderte demostrar con la palabra su pensamiento.

Una sonrisa incrédula asomó á los labios de Daniel.

En aquel instante recordaba el recibimiento que le habia hecho el general cuando, portador de una carta de su madre, fué á pedirle un poco de proteccion.

Entonces la conducta del general fué inesplicable, y Daniel no podia olvidar tan pronto la tempestuosa escena de aquel dia.

—¿Dudas de mis palabras, Daniel?—dijo Clotilde.

—No dudo de ellas, porque son hijas de tu alma purísima, y las pronuncian tus labios, que no han mentido nunca; pero si tú, hermana mia, sigues juzgando á los demás por las generosas inclinaciones de tu corazon, te esperan grandes desengaños en este mundo falaz y egoista.

—¡Pero Dios mio! ¿cómo podré yo convencerte de que mi padre te ama y que solo circunstancias mas poderosas que su voluntad le han obligado á poner en práctica una conducta que rechazaban sus sentimientos y su corazon?

—¡Clotilde,—añadió Daniel en voz baja:—para rechazar á un hijo inocente no tiene nunca razon un padre! Recuerda las condiciones de ternura, de bondad y de abnegacion de la pobre mártir que me dió el sér.

Y como si Daniel temiera destrozarse el corazon de Clotilde formulando un nuevo catálogo de acriminaciones contra el general Lostan, hizo un movimiento brusco, pasóse la mano por la frente y añadió con precipitacion:

—Pero ¿á qué recordar el pasado? Démosle al olvido, ocupándonos solo del presente. Dices que quieres que el general me vea junto á su lecho: pues bien, vamos.

—¡Ah! ¡bendito seas tú, que olvidas y perdonas!

Un momento despues, Clotilde y Daniel entraban en la alcoba del enfermo.

El general oyó, sin duda, sus pasos y abrió los ojos.

Al ver de pié á sus hijos, junto á su lecho, que le contemplaban en silencio y con dolorosa espresion, se estremeció, y como si no pudiera soportar aquellas miradas, cerró los ojos, exhalando un suspiro.

Clotilde hizo una seña á Santiago para que saliera de la alcoba.

Éste obedeció sin pronunciar ni una palabra.

—Arrodíllate, hermano mio,—dijo Clotilde,—y roguemos á Dios por el restablecimiento de nuestro padre.

Los dos jóvenes se arrodillaron junto al lecho, apoyando la frente en el borde de la cama.

El general oyó estas palabras, que cayeron sobre su corazon como gotas de bálsamo consolador sobre una herida.

Poco á poco abrió los ojos, y al ver á sus hijos arrodillados junto á él, estendió los brazos, colocando sus manos sobre sus cabezas.

Hizo un violento esfuerzo para pronunciar alguna palabra: no pudo; volvió á intentarlo: fué imposible; y entonces dos gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos, que, al resbalar por sus mejillas, quemaron, indudablemente, su pálida tez.

Mientras tanto, Daniel y Clotilde elevaban á Dios, en silencio, desde el fondo de su alma, una súplica, misteriosa intercesora que subia al cielo á implorar el perdón de un culpable.

CAPÍTULO XI.

Un corazón de acero.

Aquel mismo día, á esa hora en que la tórtola arrulla entre las movibles ramas de los olivos, llamando á su compañera, y las aves nocturnas desentumecen sus silenciosas alas, disponiéndose á emprender su vuelo, sin ruido, por la mansión de las tinieblas, una barca con su vela latina desplegada, cruzaba el lago, dirigiendo la proa al pequeño desembarcadero del palacio de Diodati.

El sol de la tarde derramaba sus oblicuos rayos sobre la tersa superficie del lago, que brillaba de un modo espléndido.

Á lo lejos oíase el ardiente canto de la codorniz, anunciador del crepúsculo vespertino, haciendo coro con los melancólicos cantares de los aldeanos que regresaban á sus hogares.

Sentadas en el banquillo de popa de la indicada bar-

ca, se veían dos mujeres vestidas de negro, mudas y silenciosas.

Una de ellas llevaba el velo del sombrero echado sobre el rostro. La otra, que frisaría en los sesenta años y cuyos cabellos eran completamente blancos, adornaba su cabeza con una toquilla de blonda negra.

La barca atracó en el desembarcadero de la casa de Diodati, y las dos mujeres, ayudadas por el barquero, saltaron á tierra.

Una de ellas, la que llevaba el velo del sombrero echado sobre el rostro, parecía muy débil y se apoyó en el brazo de su compañera.

El barquero entregó á ésta un saco de noche y un manton de abrigo.

—¿Está usted seguro,—dijo la del velo en idioma francés al hombre de la barca,—que es este el palacio de Diodati?

—Sí, señora,—contestó el barquero;—todos los marineros que nos ganamos la vida en el lago conocemos perfectamente este palacio.

La señora entregó algunas monedas al barquero, diciéndole:

—Esperará usted una hora. Si al terminar no he regresado, puede usted marcharse.

—Está bien.

Como la verja del jardín estaba abierta, las dos enlutadas penetraron sin obstáculo, dirigiéndose hácia el palacio.

Mma. Margot, que se paseaba en aquel momento por

delante de la puerta, dirigió una mirada hácia aquellas desconocidas que se acercaban y cuya presencia era para ella un motivo de curiosidad.

La señora del velo, siempre apoyada en el brazo de la mas anciana, cuando llegó junto á la puerta, despues de saludar con un ligero movimiento de cabeza á Mma. Margot, preguntó:

—¿Vive en este palacio el señor general Lostan con su hija la señorita Clotilde?

—Sí, señora, aquí vive,—contestó la preguntada.

—Entonces, tenga usted la bondad de guiarme hasta donde se halle.

La desconocida pronunció con tal energía estas palabras, con tal acento de autoridad, que Mma. Margot ni aun se atrevió á preguntarle quién era, contentándose con decirle solamente:

—Tenga usted la bondad de seguirme.

La señora del velo, siempre apoyada en el brazo de la que parecia su doncella, comenzó á subir la escalera con bastante dificultad.

Su paso era débil, inseguro, y la anciana que le servia de apoyo le dijo en voz baja:

—Ha sido una imprudencia continuar el viaje sin hallarse usted completamente restablecida.

—Aun así, temo llegar tarde!

—Es verdad, señora, es verdad,—murmuró en voz baja la anciana.

La señora del velo guardó silencio y continuó subiendo la escalera, siempre detrás de Mma. Margot, que,

despues de cruzar varias habitaciones, se detuvo delante de un ancho portier de terciopelo y dijo:

—El general está enfermo y ocupa esa habitacion.

La señora del velo, como si la revelacion de madama Margot le causara poco efecto, cogió con mano trémula el portier para abrirse paso y entró en la habitacion.

Allí se hallaban reunidos Clotilde, Daniel, Julio y Samuel.

Santiago estaba en la alcoba, sentado junto al lecho de su amo.

La presencia de aquella mujer causó un estremecimiento de asombro general.

Clotilde la reconoció sin duda, porque lanzando un grito, corrió á arrojarse en sus brazos, diciendo al mismo tiempo:

—¡Ah, es la marquesa! ¡es mi madre!

La marquesa, pues ella era la dama enlutada, se levantó el velo del sombrero, dejando ver su pálido y taciturno semblante.

Todos, al reconocerla, lanzaron un grito de asombro.

La presencia de doña Beatriz en aquella casa no era otra cosa que el preludio de algun grave acontecimiento.

Pero aquí el lector nos permitirá una pequeña digresion para explicarle por qué motivos, habiendo la marquesa partido de Madrid mucho antes que Samuel y Julio, llegaba al lago Lemán despues que ellos.

Nuestros lectores recordarán que la marquesa del Radio, en la visita que le hizo el doctor Samuel para

que le dijera el paradero del general Lostan, se negó á satisfacer los deseos del anciano médico; pero al retirarse éste, temerosa de que sucediese una gran desgracia á su hija, esclamó, si mal no recordamos, estas palabras:

—Sí, es preciso que yo parta. Una hora de retraso podria causar la desgracia de todos.

Y llamando á doña Mercedes, aya de Clotilde, añadió:

—Dispóngalo usted todo: mañana en el primer tren partimos para Francia.

Y así sucedió. La marquesa del Radio y doña Mercedes salieron de Madrid al dia siguiente.

Pero al llegar á París, al instalarse en uno de sus principales hoteles con el objeto de descansar un dia y continuar luego el viaje hasta Ginebra, la marquesa se sintió atacada repentinamente de una violenta calentura que le obligó, bien á pesar suyo, á guardar cama.

Diez dias permaneció imposibilitada en uno de los lechos de la fonda.

Durante este tiempo, doña Mercedes no se separó ni una sola hora de su lado.

Por fin la enfermedad fué cediendo, y entró en la convalecencia.

Entonces la marquesa no quiso aguardar mas, y antes de encontrarse completamente restablecida, volvió á emprender el viaje.

Ni los consejos de los médicos ni los de doña Mercedes bastaron para detenerla.

Las resoluciones de doña Beatriz eran siempre enérgicas, irrevocables; jamás retrocedia, una vez decidida.

Si la marquesa hubiera llegado á la casa de Diodati solo dos dias antes, Daniel no habria leido el manuscrito de su madre.

Pero la Providencia dispone los acontecimientos de la vida, y la criatura, pigmeo soberbio, no tiene nunca poder bastante para oponerse á ellos.

Ahora volvamos á continuar la interrumpida relacion en el momento en que la dejamos, es decir, cuando la presencia de la marquesa causó un general asombro y Clotilde, con los brazos abiertos, corrió á abrazar á su madre.

Doña Beatriz, antes de corresponder á la alegría de su hija con un cariñoso abrazo y un millon de besos, estendió con cierta gravedad el brazo para contenerla, y fijando una mirada dura y altiva en Daniel, dijo señalándole con la mano:

—¿Qué hace aquí ese hombre?

Daniel se estremeció como si hubiera sentido penetrar en su corazon la afilada punta de un puñal.

Clotilde, al verse rechazada de aquel modo, retrocedió algunos pasos con espanto.

—¿Qué hace aquí ese hombre? ¿Por qué le encuentro en esta casa?—añadió la marquesa con acento imperioso y dirigiendo al mismo tiempo á Daniel una mirada de desprecio.

Clotilde se llevó las dos manos á la frente, vaciló un momento, pero pronto recobró el ánimo, y temiendo que su madre cometiera alguna inconveniencia, fatal para todos en aquellas circunstancias, irguió la frente,

y estendiendo el brazo, dijo con resuelta entonacion:

—¡Este hombre, señora, es mi hermano! ¡El secreto de su nacimiento ya no lo es para mí! La Providencia ha querido que lo sepa para evitarnos una gran desgracia, y por eso Daniel está á mi lado, que es el sitio en donde debe estar.

—¡Tu hermano!... ¡tu hermano!...—esclamó doña Beatriz con rabia.—¡Mientes! ¡ese hombre no tiene nada que ver contigo!

Daniel entonces avanzó algunos pasos. Estaba lívido como un cadáver; sus ojos brillaban como los del calenturiento, y sus labios, contraídos, se sonreían de un modo amenazador.

Era indudable que una terrible batalla de pasiones estallaba dentro del corazón de aquel jóven que, noble y generoso, desde el momento en que habia visto caer á sus piés al general como herido por un rayo, habia sentido hácia él una compasion sin límites y un gran deseo de perdonar.

Pero la marquesa, fantasma amenazador, se levantaba soberbia ante su clemencia, despertando en el alma del jóven su adormecido despecho.

—¡Señora!—esclamó con tembloroso acento.

—¡Silencio, Daniel, silencio!—añadió Clotilde interrumpiéndole y mirándole á la vez con ojos suplicantes.

Y al mismo tiempo juntó las manos como si le implorara compasion.

—¡No olvides nunca,—volvió á decir,—que la marquesa es mi madre! ¡Ni una palabra mas, ni una sola

palabra que pueda ofenderla! ¡Yo te lo suplico por nuestro fraternal amor!

Daniel se quedó inmóvil, llevóse una mano á la frente, mientras se apoyaba con la otra en una silla para no caerse: tal era la impresion que el rudo ataque de la marquesa le habia causado.

Mientras tanto, doña Beatriz, dirigiendo á Daniel una mirada de desprecio, preguntó:—

—¿Dónde está el general? Necesito verle inmediatamente.

—El general, señora, está gravemente enfermo y puede serle fatal en estos momentos una emocion violenta,—dijo el doctor Samuel avanzando hácia la marquesa.

—¡Quiero verle al instante!—repitió la marquesa levantando la voz.

—Vuelvo á advertir á usted que su estado es tan débil, que se arriesga su vida,—añadió Samuel.

—¡He dicho que quiero verle y le veré!

—Pues yo, como facultativo y guardian de su salud, le prohibo á la señora marquesa del Radio que dé un paso mas para acercarse á la alcoba del enfermo.

—¡Pues bien, veremos si se atreve usted á impedir-melo!—esclamó doña Beatriz.

En este momento se oyó un grito penetrante en la alcoba, y una voz que parecia salir del fondo de un sepulcro pronunció estas palabras:

—¡Beatriz! ¡tú vienes por mi vida! ¡pues bien, yo voy á dártela!

Aquella voz era la del general. Todos la reconocie-

ron. Un esfuerzo titánico había puesto fin á la parálisis de la lengua, pero este esfuerzo podia ser la muerte.

Por eso el miedo se apoderó de todos los corazones, esceptuando el de la marquesa, que permanecia tranquila.

En este momento el general, envuelto en su bata, con el cabello erizado, el semblante cadavérico y los ojos hundidos, se presentó en la puerta de la alcoba, arrancando un grito de espanto á los que se hallaban en la sala.

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¿qué has hecho?—esclamó Clotilde corriendo hácia él.

—Vengo á dar mi vida á la orgullosa marquesa del Radio.

El general, despues de pronunciar estas palabras, avanzó dos pasos, pero las piernas le flaquearon, se oscureció la luz de sus ojos, y estendiendo los brazos, cayó desplomado en el suelo, sin que nadie tuviera tiempo de evitar la terrible caída.

—¡Muerto! ¡muerto!—gritó Clotilde arrodillándose junto al inmóvil cuerpo de su padre. ¡Ah, señora! ¡que Dios se apiade de nosotros!

La marquesa, notando que no podia tenerse en pié, se dejó caer en una silla.

Mientras tanto, Samuel, Julio y Daniel rodearon el rígido é inmóvil cuerpo del general Lostan.

CAPÍTULO XII.

Donde el autor habla por cuenta propia.

Cuéntase de un novelista célebre, que, obligado por el editor á concluir una novela de gran interés y complicada fábula en una entrega determinada, se encogió de hombros, hizo una mueca con los labios y dijo con reposado acento:

—Está bien; puesto que usted quiere que concluya mi obra en un punto determinado, y en este mundo no hay nada inverosímil, esta noche cogeré las terribles tijeras de Atropos y de un solo golpe cortaré el hilo de la existencia de mis personajes.

Y efectivamente, el novelista concluyó su obra en la misma página que quería el editor, y para esto embarcó á todos los personajes en un buque, hizo que saliera de un puerto con las velas desplegadas; pero apenas llegó á alta mar, perdiendo la tierra de vista, el buque naufragó, y con tan negra fortuna, que se ahogaron todos.

El novelista no tuvo piedad ni aun del grumete, po-

bre, inocente muchacho que en nada se habia metido y que ni aun siquiera era enemigo del editor: no sabia leer.

Yo podria tambien hacer lo mismo que el terrible novelista que nos ocupa, porque siendo prójimo de carne y hueso, y descendiendo, además, de Adan y Eva como aquel que hizo naufragar el buque, no debe á mí estar-me vedado lo que á otro se le toleró.

Pero es el caso, que el que estas líneas escribe para entretener tu ocio, respetable lector, no se encuentra en el mismo caso que el novelista inhumano que hizo morir ahogados á un centenar de amigos que, por espacio de algunos meses, habia acariciado en su inteligencia.

Los editores de la presente obra no me exigen que la termine en una página dada, sino donde yo lo crea conveniente.

Por lo mismo, y confiando en la benevolencia con que siempre has mirado mis modestos escritos, creo muy del caso decirte que, para concluir tal y como yo quiero *El Manuscrito de una madre*, sin violencia ni forzamiento, siempre desagradable y poco conveniente para el crédito del autor, necesito aun llenar muchas cuartillas.

Por consiguiente, te participo, lector querido, que estoy terminando la *Continuacion de El Manuscrito* de un modo que me permite darle su verdadero y natural desenlace.

Yo no sé si te ofenderás conmigo al comunicarte la

ampliacion de un pensamiento que yo creia encerrar en dos tomos, pero confío que no será así.

En cuanto á los entorpecimientos que ha experimentado la presente obra durante su publicacion, debo decirte que ni los editores ni yo hemos tenido la culpa de ellos.

La época fatal que atravesamos, las huelgas de las imprentas en Barcelona, las roturas de las vias férreas en Cataluña, han sido poderosos motivos para que, bien á pesar nuestro, hayan sufrido interrupciones, que lamentamos, los repartos semanales.

Pero todo esto se ha tenido presente, y creemos que en lo sucesivo se podrá cumplir con la exactitud que, mas que á nadie, á nosotros nos conviene.

Despues de esto, solo me resta pedirte me dispenses la impaciencia involuntaria que alguna que otra vez te he hecho sufrir, y pues ya está pronunciada la última palabra del segundo tomo, vamos al tercero.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

EN OCHO TOMOS

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

D. E. PARRA

SEGUNDA PARTE

TOMO III.

MADEIRA

DE A. ESTRELA & G. GONCALVES, EDITORES.

1888

1888

EL MANUSCRITO DE UNA MADRE.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Planas.

SEGUNDA PARTE.

TOMO III.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1873.

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

DEL AUTOR

ENRIQUE PÉREZ ESCRICHA

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

ILUSTRADA POR

D. Eusebio Plaza

SEGUNDA PARTE

TOMO III.

MADRID

JOSÉ ASTOR Y COMPAÑÍA EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14

1873.

LIBRO PRIMERO.

Una voluntad de hierro.

CAPÍTULO PRIMERO.

El hombre de los cabellos blancos.

Serian las once de la noche.

La luna, hermosa como el primer día que fué creada á la voz del Hacedor, tendia los rayos luminosos de su frente sobre el poético lago Lemán.

Algunas embarcaciones, empavesadas como las góndolas venecianas, cruzaban el lago, haciendo el efecto, á lo lejos, de esas movibles luciérnagas de noche que brillan y se apagan reteniendo nuestras codiciosas miradas.

De vez en cuando se oía el cántico de algun desvelado marinero, ó la voz armoniosa de algun extranjero, que, recorriendo el lago en la frágil barquilla durante las noches de luna, se entusiasma al contemplar tanta

poesía, y dedicando un recuerdo á su lejana patria, con el alma adormecida entona un canto popular de su país, de aquella tierra en donde ha visto el sol por la vez primera.

Porque en las poéticas orillas del lago Lemán se canta con el idioma de todos los países del mundo; porque allí ha acudido de todos los puntos del universo, á exhalar un grito de admiración, esa gran familia que necesita, para no morir de tédio, abandonar el hogar doméstico durante una temporada del año.

¿Quién no visita la pintoresca Suiza cuando se decide á traspasar las fronteras de su país natal? ¿Quién no sueña en recorrer los valles, los montes y los lagos de la patria de Guillermo Tell, cuando arregla sus maletas para hacer un viaje por el extranjero? ¿Quién no recrea el ánimo y la mirada, admirando la maravillosa armonía de un país en donde los campesinos son escultores y la Providencia ha derramado todas sus gracias, todos sus dones, todas sus bellezas?

Pero ya otras veces hemos hablado de esto, y creemos muy del caso entrar de lleno en el relato de esta historia.

En uno de los infinitos *chalets* que pueblan las pintorescas orillas del lago de Ginebra, cercándole, por decirlo así, como una bandada de blancas palomas; en uno de aquellos pequeños y caprichosos palacios que sirven á los extranjeros de nido durante la risueña temporada de las flores y los frutos, se hallaba un hombre, ó por mejor decir, un anciano asomado á la ventana.

Tenia los codos apoyados en la terrapisa y la barba hundida entre las dos manos, la mirada tristemente fija en el casi perdido horizonte del lago, y el cuerpo tan inmóvil, que aquel hombre parecía la estatua de la Meditacion.

Ni un solo músculo se movia de su rostro: estaba inmóvil, como si la sangre que circulaba por sus venas careciese del calor vital que da vida al cuerpo.

Pálido, enjuto de rostro y con la cabeza blanca como la eterna nieve del monte Ararat, bastaba ver aquel silencioso contemplador del lago, para adivinar en sus hundidos ojos y en el cerco amoratado que les rodeaba como el marco de un retrato, que algo terrible, verdaderamente dramático, pasaba en su alma.

La ventana se elevaba del suelo escasamente cuatro piés, y las orillas del lago solo se separaban de los muros de la casa por un pequeño parque á la inglesa, donde se veian cuatro cedros de ódora estendiendo sus verdes y poéticos brazos, y una praderita sembrada de ruygras.

Al extremo del parque se alzaba, formando línea recta con el lago, una sencilla empalizada de madera.

Las aguas lamian la tierra que servia de base á esta empalizada.

El hombre que nos ocupa, silencioso espectador de aquel hermoso panorama, que poetizaban los rayos de la luna, tendria de sesenta á sesenta y cinco años de edad.

Su rostro, verdaderamente descarnado como el de Voltaire, pálido y fino, tenia una espresion de malicia y tristeza á la vez, bastante difícil de definir.

Este personaje, á quien nos atrevemos á calificar de filósofo escéptico, se llamaba el conde de la Fé.

El conde de la Fé permaneció cerca de una hora en la actitud en que le hemos descrito.

Diríase que aquel hombre tenia la propiedad de las aves nocturnas en sus pequeños y hundidos ojos, es decir, de ver los objetos entre las sombras de la noche; porque, á pesar de su gran inmovilidad, nada pasaba desapercibido para él en una gran distancia del lago.

De pronto hizo un movimiento bastante brusco, inclinó la cabeza hácia la izquierda y volvió á quedarse inmóvil, fijando su penetrante mirada con cierta tenacidad en un punto del lago.

Sus facciones, poco antes frias é indiferentes como el escepticismo que helaba su alma, se reanimaron, y sus delgados y descoloridos labios se entreabrieron para formular una sonrisa que hubiese envidiado Maquiavelo. ¿Qué miraba con tanto interés? ¿Por qué la inmóvil y casi muerta espresion de su semblante se reanimaba de una manera marcada? Busquemos en el lago siguiendo la direccion de sus miradas, y veremos una barca que, con su pequeña vela latina desplegada, corta con su quilla las serenas aguas del lago, empujada por la suave brisa de la noche.

La proa de aquella barca, bordeando la orilla, se dirige precisamente hácia la ventana donde se halla el conde de la Fé.

Un marinero fuma su pipa de madera, sentado junto al último palo de la embarcacion.

Como nada tiene que hacer aquel honrado hijo del trabajo en aquellos momentos, porque la brisa sirve de motor á su nave, fuma y tal vez sueña despierto, propiedad del hombre en todas las categorías sociales, especie de recompensa que la Providencia concede á la imaginacion en las horas de descanso.

Pero indudablemente, no es el marinero quien llama la atencion del conde de la Fé, sino dos hombres, que, sentados en el banquillo de popa, departen con sumo interés.

De vez en cuando la luna, escesivamente clara y hermosa aquella noche, deja caer un rayo de su luz sobre la cabeza de los nocturnos viajeros, lo cual basta al conde de la Fé para conocer á los que se dirigen hácia su casa.

La barca continuaba su marcha, no con gran rapidez, pues la brisa era floja.

Cuando estuvo á unas cien brazas de la empalizada del parque, el conde volvió á cambiar de postura, y convencido sin duda de que no se habia equivocado, se dijo hablando consigo mismo:

—¡Ah! parece que por fin se decide á visitarme. La hora no es la mas oportuna; pero indudablemente habrá tenido hoy muchas ocupaciones. Pero ¿cómo no viene solo? ¿Querrá que su amigo Julio de Monforte le ayude en su empresa? ¡Bah! tengo la mala costumbre de pensar siempre poco favorablemente de los hombres; Daniel es valiente, y si se hace acompañar de su amigo, será por distraerse durante la travesía.

En este momento la barca atracó junto á la empalizada, y uno de los dos jóvenes saltó á tierra.

El otro permaneció sentado en el banquillo de popa. —¡Viene solo!—volvió á decirse el conde.—No me habia equivocado.

Entonces el conde se retiró de la ventana, cuyas maderas dejó solamente entornadas; dirigióse hácia una mesa sobre la que habia una lámpara encendida y algunos libros; abrió uno de los cajones de la mesa y examinó en silencio un pequeño revolver norte-americano del sistema Smith, guardándole luego en uno de los bolsillos del gaban.

El semblante del conde de la Fé, á pesar de las precauciones que acababa de tomar, permaneció sereno como si no temiese ningun peligro.

Trascurrieron escasamente cuatro minutos.

Una mano abrió las entornadas puertas de la ventana y un hombre saltó con ligereza dentro de la habitacion.

El que de modo tan brusco penetraba en aquella casa era un jóven que apenas frisaria en los veintidos años.

Su semblante era hermoso y distinguido, sus ojos grandes, llenos de vida y espresion.

Vestia un traje sencillo y elegante, y llevaba calado hasta las cejas un pequeño hongo de seda.

Al ruido que hizo al saltar desde la ventana á la habitacion, el conde levantó la cabeza sin sobresalto, apartando los ojos del libro que fingia leer, y colocándose la mano derecha sobre la frente en forma de pan-

talla, como para ver mejor, dijo con admirable naturalidad:

—¡Ah!... eres tú, Daniel. Veo que no pierdes la mala costumbre de entrar en casa por la ventana. Afortunadamente, la sangre que circula por mis venas es bastante fría para no sobresaltarse. ¡Buenas noches!...

Daniel avanzó dos pasos sin hablar.

En sus grandes y hermosos ojos brillaba algo terrible, amenazador, y en sus labios, trémulos y entreabiertos, dibujábase una sonrisa poco tranquilizadora.

Además, llevaba rodeada al cinto una correa de charol, de la que pendía un revolver.

CAPÍTULO II.

El fuego y la nieve.

Daniel siguió avanzando, sin apartar la mirada del conde, hasta llegar á dos pasos de distancia de la mesa.

Ni un solo músculo del semblante del anciano se conmovió. Sus ojos mantuvieron la mirada del joven sin pestañear.

Diríase que aquellas dos miradas que se encontraban, de la una brotaba fuego, de la otra nieve.

El conde era hombre sereno; tenía, además, un temperamento á propósito para ocultar las emociones de su alma.

La pálida epidermis de su rostro no se coloreaba nunca, ni cambiaba jamás. Todas las tempestades del corazón no lograban enrojecer la piel de sus mejillas.

Sin embargo, comprendía que aquella situación no podía durar. Era preciso terminarla cuanto antes, y creyendo haber encontrado la mejor manera de abordar la cuestión, dijo:

—¿Por qué me miras de ese modo? ¿Por qué despiden relámpagos tus pupilas? ¿Es así como pagas la inquietud que me ha causado tu ausencia? Hace mas de treinta y seis horas que estoy esperando, y cuando vuelves, no te arrojas á mis brazos. No te creia tan ingrato.

Daniel escuchó silencioso, inmóvil, todas las cariñosas reconvenciones que le dirigia el conde, y cuando pronunció la última sílaba, sonriéndose de un modo sarcástico, dijo con acento nervioso:

—Señor conde, creo que ha llegado la hora en que termine la falsedad y la hipocresía.

El conde hizo un movimiento brusco como el hombre que se admira ó finge admirarse de lo que oye.

—¡La falsedad!... ¡la hipocresía!...—repitió;—¿has perdido el juicio?

—Bien sabe usted que no, y vuelvo á repetirle que es inútil el fingimiento; la venda ha caido de mis ojos, la luz de la verdad brilla con todo su esplendor, y afortunadamente, ya sé á qué atenerme con respecto á las paternales consideraciones que el conde de la Fé ha tenido con el huérfano Daniel.

—¡Jóven!—añadió el conde con una entonacion tan grave, tan digna, que hubiera envidiado el mas famoso de los cómicos.—¿Debo tomar esas palabras como una broma inconveniente, ó como una reconvencion que entraña un insulto?

—Puede usted tomarlas del modo que mejor le plazca, —repuso Daniel haciendo un movimiento de indiferencia con los ojos.—Desde este instante nada de comun

existe entre nosotros, señor conde, si se exceptúa el derecho que me asiste para venir á pedirle una satisfaccion por la conducta que ha seguido conmigo.

El conde continuó fingiendo una gran sorpresa. Levóse las manos á la frente como quien oye una cosa que no comprende, y repuso, despues de exhalar un suspiro:

—Yo te creia agradecido, y veo, con profundo pesar, que eres un ingrato.

Y como Daniel hiciese un movimiento brusco al sentir que le arrojaban al rostro aquella reconvencion, el conde añadió, antes de darle tiempo para hablar:

—Te compadezco, pues sospecho que has caido en las redes de ese infame que se llama el general Lostan.

Daniel, al oir el insulto que dirigia á su padre, se puso lívido, y avanzando un paso con ademan amenazador, exclamó:

—¡El general Lostan, caballero, es mi padre, y no consentiré que nadie le insulte!

—¡Tu padre!—añadió el conde con desdeñosa sonrisa;—¡en verdad que nadie lo hubiera dicho!... ¡Hé ahí una noticia que me sorprende oir en tus labios!... pero solo un corazon sencillo como el que abrigas en tu pecho, una buena fé tan proverbial como la tuya podrian dar crédito á semejante fábula. ¡Tu padre el general! ¡un hombre que te arrojó de su casa cuando, al quedarte solo y huérfano en el mundo, fuiste á pedirle un poco de proteccion para no morirte de hambre! ¡Tu padre un hombre que te arrojó de su despacho groseramente!

¡Ah! ¡eres un niño, Daniel, y se burlan de tí, hijo mio!

Daniel retrocedió dos pasos espantado. Las palabras del conde helaban la sangre de sus venas. ¿Podían ser una farsa todas las escenas que habían tenido lugar en el palacio de Diodati?

Además, ¿no había él leído una gran parte del manuscrito de su madre?

Daniel, aunque algo aturdido por la serenidad del conde, en la que creía notar algo de compasión hacia su persona, contestó:

—¿Es el señor general, ó el conde de la Fé el que explota mi candidez? ¿Olvida usted, caballero, los consejos que por espacio de algunos meses ha estado murmurando á mis oídos? Usted alentaba mi amor, usted vencía todos los inconvenientes que me separaban de Clotilde, y sin embargo, ¿usted no ignoraba que el general Lostan era mi padre y que Clotilde era mi hermana! ¡Ah, señor conde, parece increíble que por el solo placer de vengarse de un hombre á quien aborrece usted de muerte, concibiera el infernal pensamiento de condenar á dos criaturas inocentes á eterna y vergonzosa desesperación!

El conde escuchó con impasible frialdad la grave acusación que Daniel le arrojaba al rostro.

La situación era bastante grave.

Para salir de ella, se veía precisado á mentir; pero como si le faltara valor para tramar una nueva y maquiavélica intriga, hizo un gesto de indiferencia y añadió:

—Puesto que tú me crees tan infame y vienes, según parece, resuelto á defender al hombre mas despreciable de la tierra, no he de ser yo quien se tome el trabajo de justificarme. Cuando llamaste á las puertas de mi casa, te abrí mis brazos, recibíendote como á un hijo. Yo podria probarte fácilmente que no he sido tan infame como me juzgas, pero no quiero tomarme esa molestia.

Y sonriéndose de un modo intencionado, añadió:

—¿Dices que eres el hijo del general Lostan? ¡Lo siento por tí! ¿Dices que has leído las memorias de tu pobre madre? ¡Ellas te demostrarán quién fué su verdugo! ¡Y si el relato doloroso de una mujer moribunda no te convence, entonces puedes preguntarle al doctor Samuel si sabe de lo que es capaz el general Lostan!

—Pero... ¡todas esas acusaciones, señor conde, no pueden disculpar la conducta que usted ha seguido conmigo!

—¡Es que yo no quiero tomarme la molestia de disculparme! Podria confundirte; podria, con una sola palabra, hacerte caer á mis piés pidiéndome perdon por los insultos que acabas de dirigirme; pero soy bastante generoso para perdonarte y dejar al tiempo el trabajo de que me vindique á tus ojos.

Daniel comenzaba á aturdirse.

—¡Si yo hubiera querido vengarme de ese á quien llamas tu padre,—repitió el conde marcando pausadamente las palabras,—hace tiempo que llevaria colgada de la cintura la cadena del presidario!

Daniel sintió agolparse á su rostro el calor de la vergüenza.

—¡Señor conde, suplico á usted que no pronuncie palabras tan ofensivas, porque podría olvidarme del respeto que me inspiran esas canas!

—¡Ah! ¡solo falta que á los insultos añadas la amenaza! ¡Pero debo advertirte que yo no soy hombre que me asuste fácilmente, y por lo cual, para probarte que no me intimidan tus palabras, te repetiré que ese á quien llamas tu padre, á pesar de su título de marqués, debido á su mujer, y su grado de general, alcanzado por las intrigas y las sublevaciones, no es para mí otra cosa que un villano ensoberbecido, cuya mano no estrecharé nunca por no manchar la mia!

—¡Basta! ¡basta, señor conde! ¡Yo no he venido aquí para oír insultar á mi padre! ¡He venido á imponer condiciones, y por eso he entrado resueltamente por una ventana, dispuesto á todo! ¡lo oye usted, señor conde? ¡á todo! ¡Nada, pues, me detendrá, ni los años, ni las canas! ¡Se trata de defender una honra que yo debo considerar como la mia, porque estoy resuelto á tender un espeso velo sobre el pasado! ¡Se trata de salvar á una mujer que amo mas que á mi alma! y yo vengo á exigir al conde de la Fé que no revele á nadie, ni aun á sí mismo, el secreto del general Lostan, porque de lo contrario...

Daniel se detuvo.

Era tanta su exaltacion que ni siquiera pensaba en la intemperancia de sus palabras.

—¿Conque es decir, jóven,—añadió el conde con su peculiar frialdad,—que viene usted á ordenarme que ponga un candado á mis labios y que no diga á nadie, ni aun á mí mismo, que el general Lostan fué en otro tiempo, y continúa siéndolo ahora, un ambicioso de mala ralea? ¿Conque usted, por salvar la honra de un hombre que ha llegado á desconocer hasta la voz de la naturaleza, quiere que yo condene á perpétua vergüenza la memoria de la pobre Ángela, que fué una mártir? Bien se conoce, Daniel, que tiene usted pocos años y que ni siquiera se toma el trabajo de meditar la importancia de sus exigencias. Pero nada de eso me estraña: ha caído usted en la madriguera del zorro y tengo la seguridad de que será usted devorado por el mismo que esta noche quiere defender. Esto sucede siempre á los incautos. Le compadezco á usted.

Las últimas palabras del conde resonaron en el cerebro de Daniel como los repetidos golpes de una pesada maza.

En las reflexiones que brotaban de los frios labios de aquel viejo escéptico habia algo de esa lógica que anonada, que aplana.

Ni por sus estudios, ni por su esperiencia, ni por su temperamento, Daniel podia mantener una lucha de palabra con el conde de la Fé sin quedar vencido por éste.

En el jóven era todo ingenuidad, sencillez, espansion; mientras que aquel viejo aristócrata tenia siempre por base, en todas las acciones de su vida, y particular-

mente en la que entonces le preocupaba, la falsedad, la mala intencion, la hipocresía.

Acababa de pronunciar, con una calma propia de las conciencias tranquilas, palabras de la mayor importancia para Daniel, y éste, aturdido, sentía un profundo dolor en el corazon, viendo que le arrojaba al rostro una de esas reconvenciones que despedazan el alma de un buen hijo: la ingratitud para aquella que le habia llevado en sus entrañas.

CAPÍTULO III.

El halcon y la paloma.

Daniel, que con la frente inclinada sobre el pecho, se hallaba abismado en un mar de tristes y dolorosas reflexiones; Daniel, que habia entrado en casa de su falso protector de un modo inconveniente, con la firme resolucion de imponerle á la fuerza el mas profundo silencio respecto al pasado del general Lostan; Daniel, que, lleno de energia y audacia, habia saltado por la ventana dispuesto á defender á todo trance y de cualquier modo la honra de su padre, no se atrevia ni aun á fijar los ojos en aquel hombre, frio como el mármol, impasible como la insensibilidad.

Acontece con frecuencia en este valle de lágrimas y penalidades, que la virtud y el derecho inclinan tímidamente los ojos ante la fuerza maquiavélica del entendimiento ó los engañosos giros de la falsedad y la hipocresía.

El conde de la Fé habia engañado miserablemente á

aquel jóven; le habia hecho concebir grandes esperanzas, empujándole hácia su perdicion con frases y consejos que parecian paternales.

Y sin embargo, al encontrarse nuevamente, al verse el uno delante del otro, parecia que el culpable era el inocente, y que el inocente era el verdadero criminal.

El conde, mientras tanto, gozándose en el aturdimiento del jóven, fijaba sus penetrantes ojos en él, sonriéndose de un modo infernal; y conociendo su inmensa superioridad para la lucha, se dispuso á tenerle amarrado á su voluntad como un esclavo.

—¡Ah!—pensaba el conde durante aquel momento de silencio,—¡yo levantaré el implacable fuego del ódio en su alma para que la tímida paloma se convierta en venenosa víbora que mate con su mordedura! Él debió pegarme un tiro al saltar por la ventana y no lo ha hecho: ha perdido, por consiguiente, la oportunidad para sellar mis labios con el silencio de la muerte, y el triunfo será mio. Cuando un hombre de mis condiciones tiene en poco la vida, ¿qué es lo que no puede conseguir en este mundo pequeño y miserable? ¡Yo, por espacio de muchos años, he devorado en silencio, en el fondo de mi alma, toda la rabia, todo el despecho que me causaba la prosperidad del general Lostan: los honores, los aplausos que le tributaban; pero ha llegado la hora de la venganza: ellos van á llorar y yo voy á reirme, á gozarme en sus lágrimas!

Y levantando la voz, continuó con dulce y sencilla entonacion:

—¡Daniel! ¡hijo mio! veo que sufres y te pido pèdon de las palabras que acabo de dirigirte; pero, ¿qué quieres? ¡te has presentado aquí en son de guerra, has herido con tus reconvenciones mi amor propio, y las heridas del amor propio son mas grandes, mas profundas, mas sentidas, si se ama de veras á aquel que las infiere!

Daniel continuaba callado; pero aquel mutismo era la elocuente espresion de la terrible lucha que mantenía consigo mismo.

El conde, que queria conquistarse de nuevo el cariño y la confianza de aquel á quien habia llamado su hijo durante algunos meses, le tendió una mano, diciéndole:

—Espero que no me guardes rencor; hagamos las paces y hablemos como dos personas de entendimiento. Yo te ofrezco el ramo de oliva de la paz y confío que no me harás el agravio de juzgar interesada la proposicion de alianza que te ofrezco.

El jóven permaneció inmóvil, sin estrechar la mano que le ofrecía su protector. Hallábase vacilante, inquieto como el aturdido y descarriado viajero que halla ante su paso tres caminos y duda cuál de ellos debe tomar, temiendo perderse nuevamente.

—Eres rencoroso,—añadió el conde retirando la mano;—tanto peor para tí. Sin que me juzgues un hombre pretencioso, creo que aun podria serte útil mi amistad en este mundo lleno de falsedades y de mentiras. Pero tu conducta no me estraña: te encuentras en una situacion tan nueva como difícil para tí. Vuelvo á repetir que te compadezco.

— Y el conde, respirando con fuerza y dirigiendo una mirada compasiva á Daniel, volvió á decir con marcada expresion de sentimiento:

— Á pesar de tu silencio y del desaire que acabas de darme, conozco que te debo una satisfaccion y voy á dár-tela. La ancianidad, hijo mio, es mas prudente que la juventud, y casi nunca se deja dominar por las primeras impresiones, porque la esperiencia le tiene demostrado, que el que juzga sin reflexion, suele engañarse. Tú me dijiste que amabas á Clotilde con toda tu alma, y yo, sabiendo, ó teniendo, por lo menos, alguna sospecha de que Clotilde fuese tu hermana, te impulsé y aconsejé, estimulando con mis palabras y proteccion tu vacilante espíritu, para que llegaras hasta ella declarándole tu amor.

— ¡Lo cual fué una infamia, señor conde, una infamia que no tiene esplicacion decorosa!—esclamó Daniel como si en aquel momento despertase de un pesado sueño.

El conde permaneció sereno. Sus labios se sonreian, pero con esa sonrisa llena de bondad de los padres, y sus ojos dirigian al jóven una mirada tierna y cariñosa.

— Te ruego, hijo mio, que tengas un poco de calma, —añadió el conde.— Te he dicho que iba á darte una satisfaccion. Déjame acabar, y si luego no quedas convencido, si no crees en la sinceridad de mis palabras, te autorizo para que hagas aquello que te plazca, incluso para armar tu mano con ese rewolver que llevas pendiente de la cintura y levantarme la tapa de los sesos. Ten la seguridad que no he de defenderme.

—¡No soy un asesino!—murmuró con acento entrecortado Daniel.

—¡Bah! ¿quién sabe lo que puede ser un hombre cuando le falta la reflexion, cuando, ofuscado por el despecho que siente en su alma, se empeña en no ver claro? En un momento de ofuscacion, Medea mató á sus hijos; Caracalla, su hermano, y Neron quiso ver el sitio que antes de nacer ocupaba en las entrañas de su madre. Si al saltar por esa ventana me hubieras abofeteado materialmente, como lo hiciste moralmente, ¿quién sabe! tal vez te hubiera compadecido y perdonado. Cuando la cabeza se cubre de canas, cuando el cuerpo se encorva buscando los siete piés de tierra donde depositar la fatiga de la materia, cansado con el peso de la ancianidad, los insultos inspiran compasion, y mas que la venganza de los agravios, se desea salvar, á los que nos ofenden, del error en que viven.

El conde se detuvo.

Notó que Daniel parecia escucharle con mucha atencion, y queriendo aprovechar las buenas disposiciones en que se hallaba, siguió adelante el plan que rápidamente habia concebido.

—Pues como iba diciendo,—añadió,—te debo una satisfaccion, que tú apreciarás como mejor te plazca, pero no olvides que mis labios solo han de pronunciar palabras de verdad. Desde el momento en que te presentaste en mi casa, portador de una carta de tu madre, á quien yo queria como una hermana, yo pude decirte: «El general Lostan es tu padre;» pero esta revelacion,

OBRA TERMINADA

LAS

Fábulas de Esopo,

Y DE GOTOÍDE ETRAIN LESSING.

TRADUCCION ORIGINALMENTE DEL GRIEGO Y LATIN

por

D. JUAN EUGENIO HERTZEMBUSH Y D. EDUARDO DE MIER.

Precedidas de un curso histórico-crítico sobre la fábula y de noticias pormenorizadas sobre los clásicos autores.

MUCHA FORTUNA HASTA AHORA CON MAS DE CINCO PRECIOSISIMOS EJEMPLARES REBIDOS A LOS MANUSCRITOS ARTISTAS EUROPEOS.

La edición que se presenta en esta obra es la primera que se publica en España, y que reúne en un solo volumen el texto original de Esopo, con el de Gotoíde y Etain Lessing, y con el de los clásicos autores que se refieren a las fábulas. El texto original de Esopo está en griego, y el de Gotoíde y Etain Lessing en latín.

ACION DE LOS PADRES.

NOVELA DE COSTUMBRES.

por

ANTONIO DE PADUA.

Magnífica ilustración de láminas tiradas á parte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

La Carcajada.

HISTORIA DE UN BUEN HIJO.

NOVELA DE COSTUMBRES DE ACCION.

ERNESTO GARCIA LADELLER.

Magnífica ilustración de láminas tiradas á parte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.

OBRA TERMINADA.

LAS

Fábulas de Esopo,

Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING.

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER,

precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas sobre los citados autores.

MAGNÍFICA EDICION ILUSTRADA CON MAS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Solo si diremos que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi fólleo, rico papel avitelado.

AMOR DE LOS PADRES.

NOVELA DE COSTUMBRES,

POR

ANTONIO DE PÁDUA.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas á parte, dibujadas per el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

La Carcajada,

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO).

NOVELA DE COSTUMBRES, SU AUTOR

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.